

Don Emilio: un nuevo Pibe

Jorge Eduardo Núñez Hernández*

9

*En constante coqueteo con el liceo peripatético,
el narrador relata una muy simple historia:
la de un hombre que camina.*

Entre don Emilio Góez, un hombre de sesenta y cinco años de edad, andino de nacimiento, pensionado de una empresa de tejidos colombianos, y Teofrasto de Efeso, Estratón de Lámpsaco y Andrónico de Rodas, todos discípulos de Aristóteles aproximadamente trescientos cincuenta años antes de Cristo en la escuela Peripatética, sólo existe un elemento lúdico en común: les gustaba caminar.

Las diferencias entre el andino Góez y los griegos son mayores. Estos, los escolarcas, como les llamaban, habían llegado al Liceo, que era un bosquecillo sagrado cercano a la antigua Atenas, próximo al templo de Apolo, a buscar en las obras del gran pensador luces a su sensible espíritu de investigadores y amantes de la sabiduría. El señor Góez había llegado, de la mano de una de sus hermanas, a los aire-

dedores del Estadio nacional, a buscar la salud que perdiera luego de muchos años e intensas noches salpicadas de serenatas, aguardiente, besos furtivos, abrazos profundos y trozos de chicharrón. No era para menos: don Emilio era el relacionista público de un conjunto de cuerdas que hacía las delicias de patrones, obreros, amigos y damas de la sociedad con los boleros, baladas, pasillos y bambucos de la época.

Cuando don Emilio llegó por vez primera a los alrededores del Estadio nacional, una fría mañana de agosto, apenas llevaba tres días de recuperación después de una explosión de sangre que le brotó por las fosas nasales y le dejó el rostro tatuado con una hermosa sombra rosada que denunciaba aún la agitación de su flujo venoso. Caminaba arrastrando los pies y apenas lograba sostenerse del brazo de su hermana Amanda. Una sudadera azul que le bailaba en su fina y famélica figura, un par de tenis blancos y una gorra de cuero café, lo hacían diferente al resto de los mortales -hombres y mujeres- que promediaban cuarenta años y que bien temprano en la mañana recibían instrucciones gimnásticas de un viejo entrado en años al que cariñosamente apodaban *el Pibe*.

* Abogado de la Universidad de Antioquia. Actualmente se dedica a las letras; su último libro se titula *Técnicas de mamagallismo y simulación en la vida pública*, 1997. Este texto pertenece a *Caminar: la fiesta del cuerpo*, aún inédito.

Los escolarcas griegos bebían de la fuente nutricia del pensamiento aristotélico mientras

caminaban, y aquellos madrugadores paisas se dejaban conducir por los ejercicios suaves que *el Pibe* les enseñaba para que flexibilizaran sus articulaciones y les dieran poco a poco fuerza a sus músculos.

Para don Emilio, los primeros minutos de su primer día como alumno del cuerpo fueron terribles. Nunca en toda su vida de obrero al servicio de Coltejer había dedicado tiempo a la actividad gimnástica, y, ahora, una de sus hermanas quería, después de cincuenta años, recuperarlo de su crítico estado de hipertenso a golpes de mover el cuerpo al ritmo de otro viejo como él.

"Vamos, *pibe*. ¡Muy bien! Arriba las manos, uno dos, tres", le dijo el anciano instructor a don Emilio, desde una especie de tribuna desde donde dirigía a los gimnastas de la mañana. Don Emilio se debatió entre la molestia y la satisfacción. No quería que supieran que estaba allí, esa mañana, huyéndole a la muerte y mendigando nuevos días de vida. Sin embargo, aquella frase suave, sincera, estimulante, dirigida a él "Vamos, *pibe*. ¡Muy bien!", le tocó las fibras de su alma como antes nadie lo había hecho. Y no era para menos. Su vida social se había debatido entre las imperativas órdenes de sus superiores en la empresa de tejidos, o el agradecimiento lisonjero de los integrantes del trío de guitarras de Cheli Sandoval, cada vez que él les conseguía un contrato.

No pudo ocultar una leve sonrisa de agrado en medio de su cuerpo lacerado por la debilidad. Miró, sin que lo advirtiera, al viejo anciano

instructor que se había dirigido a él. Era un hombre mayor, a juzgar por las canas que le cubrían la cabeza y un ligero juego de arrugas que le salían por igual del raballo de los ojos. Podía tener algo más de sesenta años. Sin embargo, allí estaba dando ejemplo con su cuerpo a una veintena de hombres y mujeres que subían los brazos, los hombros; doblaban la cintura, tocaban el piso con la palma de las manos; levantaban las piernas adelante, atrás, a los lados; se agachaban, daban saltos en cuclillas, y todo con el ejemplo del cuerpo del viejo anciano instructor.

El puede. Con esa edad, y cómo se ve de entero, se dijo don Emilio. ¿Porqué noyó?, se preguntó. Un duendecillo de provocación se le instaló desde esa mañana en el alma y la voluntad.

Aristóteles había dejado a sus discípulos un legado de pensamientos donde el ejercicio de la lógica, la retórica, la metafísica y las más complejas abstracciones servían de alimento a largas y suaves horas de caminata para sus alumnos del Liceo. Aristóteles degustaba su condición de guía intelectual al ver los ojos absortos de sus discípulos con sus explicaciones, pero sobre todo cuando evaluaba el esfuerzo dialéctico de los mismos en la confección de las preguntas que le formulaban. La masa cerebral les vibraba con los esfuerzos del raciocinio.

El viejo instructor de gimnasia de los alrededores del Estadio nacional no tuvo profesor de pergaminos, como sí lo tuvo Aristóteles con Platón. Él había aprendido las secuencias de ejercicio físico a través de la observación atenta

y la practica constante con sus entrenadores de fútbol, desde sus días de juventud cuando era integrante del club deportivo *Danza del sol*, y de la lectura de una que otra revista de cultura física que lograba conseguir con algunos de los profesores de gimnasia que iban a los campos de entrenamiento

Los años le pasaban al viejo *Pibe*, pero él se sentía joven. Aún conservaba la fuerza en la intimidad de su hogar y en el espontáneo y alegre piropo que salía de sus labios cada vez que sus ojos se recreaban en la tersura de una joven piel de mujer. Exudaba alegría y vigor, y ese era su magnetismo a pesar del tiempo. Paladeaba su circunstancial y matutino oficio de maestro de gimnasia corporal, cuando anunciaba a sus ocasionales discípulos que iban a desarrollar una serie de ejercicios elementales que reclamaban escasa intensidad en el trabajo muscular y en la coordinación. Sin embargo, su éxtasis sutil subía de tono con el correr de los minutos al ver caer de los rostros de sus discípulos cada vez más gotas de sudor, y de sus labios, soni-

dos inconfundibles que evidenciaban una placentera sensación de dolor, después de un dirigido esfuerzo por aumentar la frecuencia del ritmo cardiaco.

-Un día de estos, *el Pibe* me va a matar con sus ejercicios-, le dijo a su hermana, luego de sentir una punzada encima de su nalga izquierda.



-Si los ejercicios no te sientan bien, ponte a caminar-, le contestó su hermana.

-¡Qué tonterías! Caminar no merece la pena; es un ejercicio suave, no es para hombres. ¡Eso no tiene gracia!-, le replicó.

Ella lo miró sin saber qué contestarle. Está medio muerto, y aún respira ese sentido machista propio de la mayoría de los hombres, pensó sin expresárselo. La verdad es que su hermana Amanda, cuando no iba a las sesiones de *el Pibe*, se daba a la tarea de caminar por los alrededores del estadio, con dos o tres amigas, en una pista multifuncional, al tiempo que platicaban de cuanto tema se les ocurría. Amanda no sabía diferenciar entre qué le producía más placer: los coloquios mientras caminaba con sus amigas, o la sensación de goce con que quedaba luego de varios minutos de marcha.

-Para que no te dé pereza, yo te acompaño a caminar-, le dijo ella como buscando salir de aquel trance que amenazaba convertir a su hermano Emilio en un desertor de la actividad gimnástica.

Los días que siguieron fueron diferentes para don Emilio. Caminando se sentía parte del medio ambiente. Integrante en movimiento de un giro humano enmarcado en viento y calor en la piel. A su paso, cada día más regular y soste-

nido, se encontraba gente de todos los tipos: flacos, gordos, altos, bajos, piernipeludos, lampiños, viejos, jóvenes, señoras, señoritas, gente con pinta de ejecutivos, comerciantes, empleados. Eran casi siempre los mismos cada mañana, sólo sus ropas y atuendos cambiaban con cada sol: un día iban con pantalonetas de dos o tres tonos; camisetas deportivas o camisas desleídas por el uso; con gorras, cachuchas, pañoletas, fajas para recoger el cabello.

Con el tiempo, la voz de la hermana empezó a desaparecer como eco necesario para acompañar su paseo mañanero. Otras voces, otros tonos, otras historias empezaron a engarzarse en la vida de don Emilio. La huella de sus noches de bohemia se iba desvaneciendo imperceptiblemente con la melodía de sus pasos y la fresca vibración de sus pupilas con cada alborada.

Su piel, otrora áspera y sin tono, se había renovado. Con orgullo pasaba la palma de su mano por las mejillas cada vez que se veía al espejo y sentía que la yema de sus dedos se deslizaba suavemente. En su frente no estaban pronunciadas las líneas de la preocupación que servían de adorno a un ceño de hombre amargado. De sus piernas y sus manos había desaparecido el leve temblor que en medio de la resaca propia de amaneceres de lujuria lo hacía

apenarse entre sus compañeros de trabajo. Podía hablar con los suyos y sus amigos varias horas estando de pie y aquello le daba una dosis de orgullo que no ocultaba cuando veía que alguien de menos edad buscaba algún lugar dónde acomodar sus posaderas.

-¡ Tan jóvenes y tan tullidos!-, les decía en tono de no poca jactancia.

-Llevo caminando doce años. He conocido mucha gente, unos vienen por unos días y nunca vuelven. Se aburren. Yo he hecho nuevos amigos. Los que conocí en las noches de serenatas se me han olvidado. Normalmente comino entre una hora y una hora y media; hay días que camino dos horas y no me canso. ¡ Qué diferencia a como llegué!: vine de la mano de mi hermana. Con los brazos encogidos y arrastrando los pies. Me daban por muerto. Tenía cincuenta y tres años. De un momento a otro me debía dar un derrame, y ya ve, soy otro después de que empecé a caminar. Ahora tengo sesenta y cinco y me siento muy bien. Ya me hace falta. El día que no lo hago me siento mal, me desespero. Es como una adicción, pero esto es mejor que caminar buscando dónde emborracharse-, me dijo don Emilio, después de relatarme su historia mientras caminábamos juntos en los alrededores de un gran jardín que hay por el Estadio nacional.